

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Tesis Licenciatura en Trabajo Social

Quiénes imaginamos que somos...
acerca de la construcción de la identidad nacional

Magdalena Raffo

Tutor: Carolina González Laurino

2012

INDICE

Introducción.....	3
En torno al concepto de nación.....	6
El Estado y la construcción de la identidad nacional	10
A propósito del proceso de construcción de la identidad nacional en Uruguay:	
A) Etapas en la construcción de la identidad nacional.....	13
B) <i>Entre conmemoraciones y aniversarios</i>	15
La enseñanza de la Historia en la escuela: entre la disciplina y el mito.....	18
A modo de cierre	25
Bibliografía.....	28

Introducción.

A nivel nacional el 2011 ha tomado gran trascendencia por ser nombrado "Año del Bicentenario", año en el que se celebran 200 años del "proceso de Emancipación Oriental"; "200 años del comienzo de ir construyendo lo que hoy es la República Oriental del Uruguay". Esta designación ha generado polémica entre historiadores, docentes, y público en general pues se confrontan las opiniones de preguntas tan esenciales y conflictivas como las que indagan en el quiénes somos, cuáles son nuestros orígenes, cuál es nuestra identidad, cómo surgió el Uruguay, etc. Como dijera el historiador uruguayo José Rilla "las cifras redondas nos invitan a pensar"; doscientos años que nos han invitado a problematizar y reflexionar sobre la construcción de nuestra identidad como uruguayos y uruguayas.

Los académicos han participado en programas de radio discutiendo sobre la significación que tiene para nuestro país tomar al año 2011 como Año del Bicentenario. A nivel nacional y en la órbita del MEC se ha creado una Comisión del Bicentenario para organizar eventos y actividades vinculadas al tema, los medios de prensa han cubierto varias de dichas actividades y algunas polémicas y encendidas discusiones se han generado alrededor del mismo.

A lo largo y ancho de todo el país el 2011 ha sido año de festejos y de discusiones, año en que las instituciones, las empresas y la población en general han tomado partido y se han manifestado, ya sea reconociendo sus productos con el logo oficial del Bicentenario, ya sea recordando algún acontecimiento de la historia nacional, produciendo objetos vinculados al tema y hasta manteniéndose en silencio.

Las instituciones educativas no se han quedado atrás recordando en cada uno de los actos "patrios" las "hazañas y victorias de los orientales" que hacen hoy de nuestro país un lugar "libre e independiente".

El tema de los orígenes, de la identidad, del quiénes somos, nos remite a cuestiones repetidas y nada originales pero debemos admitir que no dejan de generar la inquietud por buscar nuevas respuestas e ir resignificándolas, a medida que pasa el tiempo, en nuevos contextos socio-culturales y con nuevas

miradas, cuestionamientos y necesidades. Como dijera Vázquez Franco, "Toda oportunidad es buena para revisar el pasado que, en general, no cambia de perspectiva porque se encuentran nuevos elementos sino que cambia porque nuevas generaciones recogiendo la experiencia que se va acumulando y con la sensibilidad de nuevos tiempos, reinterpreta ese mismo acervo con otros criterios" (2011:58), pues la Historia, como disciplina, da cuenta de los cuestionamientos que el historiador hace al pasado desde su presente.

Si bien el tema de las conmemoraciones y de cómo éstas permiten debatir sobre nuestros orígenes, es de nuestro interés, el presente trabajo pretende poner el foco en la escuela como espacio de socialización en el que se va forjando y construyendo una idea de nación. La intención es pensar y analizar cuáles han sido los relatos hegemónicos nacionales y discutir la posibilidad de generar otras miradas, otras lecturas e interpretaciones. Por tanto, el marco teórico comprende los conceptos de nación, Estado-nación, identidad nacional y su relación con la enseñanza de la Historia en el ámbito escolar.

En suma el trabajo pretende problematizar la incidencia de la enseñanza de la Historia Nacional en la educación primaria y de las conmemoraciones/aniversarios de las fechas "patrias" en este mismo ámbito.

“Si aceptamos la idea borgiana de que la patria es la infancia, creo que también deberíamos aceptar su sentido reversible. Es decir, que la infancia se constituye en una suerte de periodo crítico en cuyo desarrollo, espacio y tiempo a la vez, se dan y se forjan los anhelos que nunca se debilitan, sino que simplemente cobran diferentes formas a lo largo de la vida. En otras palabras, lo que sucede en la infancia no es intercambiable con cualquier otra experiencia. Antes bien, es único e idiosincrático comparado con cualquier otro momento de la vida. Por eso, cualquier teoría sobre la identidad nacional, vale decir patriotismo, debe exponer su génesis individual, debe explicar cómo se forma la voz de la nación en cada uno de nosotros, cómo se instala el lazo social –que nos constituye y nos limita al mismo tiempo- en un momento evolutivo, la infancia, en el que los componentes y mecanismos identitarios son absorbidos de forma compulsiva, so pena de que quedarse sin pertenecer a ninguna manada.” (Carretero,2007)

En torno al concepto de nación

Si bien en la actualidad tendemos a pensar nuestro pasado desde un marco conceptual donde el término nación enmarca muchos de nuestros análisis, es necesario conocer su origen y la evolución del mismo para evitar interpretaciones erróneas. Es común asociar a los revolucionarios hispanoamericanos Artigas, San Martín, Bolívar, O'Higgins con la nacionalidad uruguaya, argentina, venezolana y chilena respectivamente, cuando en realidad en la época de dichas personalidades aún no se habían conformado estos Estados. El concepto de nación es un término relativamente nuevo en cuanto a la dimensión de los tiempos históricos. Según Hobsbawm "...las naciones no son tan antiguas como la historia. El sentido moderno de la palabra no se remonta más allá del S XVIII." (1991:11)

Cuando pensamos en una nación la asociamos a un territorio delimitado, con su gobierno, con su gente, con sus costumbres, con su pasado, con su historia; pero se nos hace complejo y hasta difícil llegar a una conceptualización sintética del mismo.

Si asumimos con el antropólogo Benedict Anderson que la identidad nacional es una comunidad imaginada, tenemos que aceptar que el concepto de identidad nacional se refiere además a un campo de sentimientos, a una pasión común de un colectivo que se sabe unido por "algo" que trasciende la individualidad.

Comunidad imaginada, nos dice Anderson, pues es en la mente de cada uno que vive la imagen de su comunión; limitada, ya que tiene fronteras finitas -ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad- y soberana porque sueñan con la autodeterminación. (1991:23-25) Para este autor la nación es un colectivo de referencia simbólica cuya unidad está basada en abstracciones significativas. Dicho colectivo participa de una narración comunitaria de lo que es su nación, de los orígenes de la misma y a su vez se encarga de la retrasmisión de dichos relatos. Asimismo esta narración es el fundamento de la unidad nacional, es el relato que además de construir la sensación de hermandad, de comunión entre sus iguales es la que ha

permitido "durante los dos últimos siglos, que tantos millones de personas maten, y sobre todo estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas". (1991:25)

El deseo de querer definirla y de encontrarnos con ciertas dificultades podría estar asociado a que "la nación se nos presenta no solo como un tipo de sociedad política analizable en términos de cierta racionalidad jurídica y de cierta lógica de organización y legitimación del poder, sino también y sobre todo como una comunidad sui generis rebelde a toda conceptualización racional, como una persona colectiva transhistórica cuya sustancia está constituida por mitos (fundadores o disgregadores) por gestas y por una profusión de símbolos" (Giménez, 1993: 2)

A pesar de estas dificultades, existen autores que se empeñan en detallar al menos algunos rasgos característicos de lo que entienden por nación.

Es el caso de Jay Richard donde expone cuatro caracterizaciones del término nación y de ellas sintetiza lo que sería el concepto de una nacionalidad ideal:

"Un pueblo con su propio Estado y con su propia patria, con una cultura y una conciencia nacional desarrolladas y socialmente homogéneas." (1984:188)

Aunque aclara que muy pocas sociedades en el mundo corresponden a este ideal así es como el nacionalista desearía que fuera su nación. El mismo autor asume que, dado el abanico de criterios que definen una nación, pocas veces esta actividad deja de ser un hecho controvertido y -agregamos nosotros- muy complejo de lograrlo.

Para Edgar Morin la nación "es a la vez un ser antropomorfo, teomorfo y cosmomorfo"; antropomorfo porque "se expresa en lenguaje humano, resiente las ofensas, conoce el honor y ambiciona el poder y la gloria", teomorfo "en virtud del culto y de la religión de que es objeto" y cosmomorfo "porque la nación porta en sí mismo su territorio, sus ciudades, sus campos, sus montañas y sus mares" (Morín, 1980 en Giménez, 1993)

Por lo ya expuesto y viendo las dificultades que esta empresa acarrea nuestra intención es mostrar la complejidad que implica adentrarnos en este tema.

"La vieja pregunta radical sobre ¿qué es la nación? sigue cosechando un amplísimo espectro de respuestas, al tiempo que muchos de los más sensatos investigadores han evitado definiciones a priori o por utilizar otras alternativas más flexibles para encarar más directamente los núcleos del problema". (Caetano, 1992: 76).

Al decir de Renán "Una nación es un principio espiritual, resultante de profundas complicaciones de la historia; es una familia espiritual, no un grupo determinado por la configuración del suelo, ni la raza, la religión y las necesidades militares (...) una nación es pues una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y los que aún se está dispuesto a hacer. Supone un pasado; se resume, no obstante, en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común (...) El olvido y el error histórico, la amnesia compartida son un factor esencial en la creación de una nación. (1882: 21)

Siguiendo el planteo de Carolina González "a diferencia de las conceptualizaciones romanticistas que explican a la nación como producto de las particularidades geográficas, biológicas, culturales y sociales de un proceso histórico configurador de espacios singulares de convivencia política, concebimos a la nación como producto de un proceso político, deliberado y consciente de producción verbo-simbólico". (2001:13)

De esto se desprende que entenderemos a la nación como el producto de un proceso político, como una construcción colectiva negando cualquier determinismo naturalista, de las fronteras de las naciones, sean estas geográficas, lingüísticas, de raza, religiosas, etc. Por tanto, consensuamos con quiénes afirman que la nación es una construcción discursiva que se construye desde un lugar de poder. Entender la nación desde este lugar, como construcción socio-histórica, como consentimiento colectivo, nos permitirá detenernos a pensar algunos de los relatos de los orígenes y los conflictos que se quieren ocultar a través del relato mítico que unifica las voluntades en un único sentimiento nacional homogéneo. Desde este marco nos será imposible plantearnos la identidad nacional en términos de una identidad nacional única y permanente. "Ningún relato de los orígenes, ninguna narración del pasado, por

más homogénea y unificadora que se pretenda, es capaz de sustentar una fórmula de identidad invariable en el tiempo.” (González, 2001:13)

Asimismo creemos que ni en un mismo tiempo y espacio existe un relato que unifique la diversidad de opiniones, visiones y sentimientos, porque compartimos la afirmación de Hobsbawm cuando dice que “Los estados - nación clásicos, desde los más viejos hasta los fundados en el siglo XIX fueron heterogéneos” (1994:7) y por eso mismo no existiría un relato único aunque sí uno hegemónico que es el que prevalece y se asume oficialmente. “La peculiaridad identitaria que se vivencia como experiencia íntima, intransferible y a veces incommunicable es, en realidad, un producto colectivo, el fruto de un proceso social”. Por lo tanto, pensar en la identidad implica indefectiblemente la relación con otros, porque se necesita de una amplia red de relaciones para ser. El ser es en relación con, es decir, que no se puede ser de forma autónoma.

De la misma manera, pensar en la identidad nacional implicará un otro, pues el concepto de identidad presupone la relación social, se sustenta en la convivencia, en el conocimiento del otro. Muchos autores han hablado de las semejanzas en la formación de la personalidad individual y el proceso de construcción de un sujeto colectivo “Como con las personas, de la misma manera ocurre con las naciones modernas” (Anderson, en González, 2000 :9)

La manera en que el sujeto construye su identidad es producto de la interiorización de elementos significantes de la identidad colectiva, fruto de la identificación del individuo con el grupo. La individualidad es también un producto social donde el otro no solo es un referente sino que representa también aquella estructura de la que el sujeto necesita diferenciarse.

Entendemos la identidad como construcción social, como relato que hilvana espacios fragmentados, como narración que fundamenta su propia unidad en un proceso que supone reformulación permanente ya que relaciona un conjunto de cualidades, experiencias y valores que construyen variedad de versiones discursivas del nosotros y variedad de relatos. Por esto mismo sería más adecuado hablar de identidades en plural ya que entendemos que estos

relatos son múltiples. "No hay límites para el número de formas en que yo podría describirme a mí mismo (...) Puedo describirme de cien formas distintas, y según cuál sea mi propósito elegiré resaltar una identificación sobre otras, sin que ello suponga en ningún momento excluir a las demás" (Hobsbawm, 1994: 5)

Teniendo en cuenta que la identidad nacional es una construcción discursiva debemos considerar que ésta se hace desde un lugar de poder y es el Estado quien cumple un papel fundamental en dicha construcción. "El concepto de nación surge como forma de legitimar un centro de poder ya establecido, se construye como instrumento que viabiliza las necesidades del Estado (...) su función es la de transformar una relación política que surge de intereses particulares en la expresión de un sentimiento comunitario. A través de distintas estrategias discursivas el Estado narra su propio pasado, resignificándolo en función de las necesidades presentes y presentando sus memorias como Historia Nacional". (González, 2000: 25)

El Estado y la construcción de la identidad nacional.

Teniendo en cuenta el papel fundamental del Estado en la construcción de la identidad nacional nos parece pertinente comenzar con el planteo del historiador británico Eric Hobsbawm "La identidad primordial que la mayoría de nosotros hemos elegido en este siglo XX es la del Estado territorial, es decir, una institución que establece un principio de autoridad sobre cada uno de los habitantes de un trozo del mapa" (1994: 6). Para él la identidad estatal, además de ser virtualmente universal, proporciona el modelo para los que buscan una expresión política para su existencia como colectividad. Es decir, que el Estado es el que construye la nación que tiene límites territoriales definidos.

En la misma línea, Canclini nos dice que la identidad nacional es una construcción que se relata desde el Estado. Se establecen acontecimientos fundadores, casi siempre referidos a la apropiación de un territorio por un pueblo o a la independencia lograda enfrentando a los extraños. Se van sumando las hazañas en la que sus habitantes defienden su territorio, ordenan sus conflictos internos y fijan los modelos legítimos de vivir en él para

diferenciarse de los otros. Los libros escolares, y los museos, los rituales cívicos y los discursos políticos fueron durante mucho tiempo los dispositivos con que se formuló la identidad de cada nación y se consagró su retórica narrativa. (1994: 67) Notamos como el autor tiene una visión de la identidad nacional como un proceso constructivo, situado geográfica e históricamente. La identidad nacional como un relato construido que varía, que se va modificando con el tiempo y de acuerdo a supuestos consensuados desde los ámbitos de poder. Dicho relato está en permanente confrontación con un otro que se asume como diferente, como forma de diferenciarse y de afianzarse en su identidad. Implica la toma de consciencia de un nosotros diferente a otros, que "son distintos" y hasta pueden ser peligrosos para mantener la integridad de nuestro ser nacional.

Uno de los aspectos interesantes de esta definición es que se destacan los distintos móviles que tiene el Estado para poder difundir sus relatos y pretender hacerlos carne en cada uno de sus habitantes. La política y la educación, a través de sus diferentes agentes, maestros, materiales educativos, programas y publicaciones oficiales, museos, etc. han sido uno de los pilares fundamentales en la divulgación y promoción de los relatos nacionales. Tal vez ambos, como sugiere Caetano, hayan constituido los principales vehículos de integración. (Caetano, 1992:85).

La formación del Estado- Nación necesitó tanto de la invención patriótica como de la socialización de un programa de contenidos en común. Para ello el sistema escolar se convirtió en elemento imprescindible para la construcción de la nueva "Religión civil" – como lo llama Tocqueville en 1870-, entendiendo esta designación en el sentido de que si bien nada tiene que ver con lo religioso, son discursos y relatos que exigen por parte de las personas una adhesión incondicional, plena, casi acrítica. Podría decirse que la adhesión se realiza casi como un acto de fe.

Las instituciones educativas a través de la enseñanza de la historia y de la celebración de fechas patrias son las que tradicionalmente se han encargado de transmitir y difundir ese pasado nacional. Un pasado que en la mayoría de las veces es lineal, poco complejizado y enseñado como narraciones literarias. La

escuela funcionó como un agente de cohesión de poblaciones étnicas y culturalmente heterogéneas en el interior de proyectos educativos nacionalizantes que concedieron una gran importancia a la formación del sentimiento patriótico de los futuros ciudadanos. La creación de los Estados nacionales incluyó como decíamos anteriormente, a la agenda de festejos, la celebración de las fechas patrias que, a diferencia de otros tipos de celebraciones, recuerdan fundamentalmente acontecimientos históricos. Así aparecieron las fechas nacionales, como práctica de refundar periódicamente la nación por medio de la reiteración de un gesto conmemorativo comunitario. Las instituciones estatales son las encargadas de organizar estos eventos, siguiendo un protocolo establecido a nivel nacional donde los símbolos patrios, las gestas heroicas, y la exaltación del "héroe" han sido y son los protagonistas.

Según los autores citados queda claro que es el Estado el que se encargó históricamente de construir y difundir un relato nacional, a través fundamentalmente, de la enseñanza de la Historia y de la celebración de las "fechas patrias", entre otros.

Nos parece pertinente concluir este apartado cuestionando el alcance de la construcción del relato sobre la identidad nacional y de su carácter hegemónico en relación a otras identidades colectivas. En palabras de Eric Hobsbawm, tres cosas están claras: a) las ideologías oficiales de los Estados y los movimientos no nos dicen lo que hay en el cerebro de sus ciudadanos; b) no podemos dar por sentado que para la mayoría de las personas la identificación nacional- cuando existe- excluye el resto de identificaciones que constituyen el ser social o es siempre superior a ellas y por último c) la identificación nacional y lo que se cree que significa implícitamente pueden cambiar y desplazarse con el tiempo. (1991:19)

A propósito del proceso de construcción de la identidad nacional en Uruguay.

A) Etapas en la construcción de la identidad nacional

Al igual que en la mayoría de las naciones actuales, el Estado uruguayo precedió a la nación. Como plantea el historiador Eric Hobsbawn "las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés" (1991:18).

Si tenemos en cuenta que el Uruguay es un país poblado por inmigrantes procedentes de diversas culturas, con idiomas, costumbres, y creencias diferentes se creyó indispensable la integración de dicha pluralidad y diversidad a través de relatos unificadores y homogéneos. En los orígenes como país independiente, no había nación, no existían relatos unificadores consensuados tendientes a construirla. Al decir de Caetano, "primaba la indefinición de fronteras en múltiples dimensiones: jurídicas, políticas, económicas, culturales" (1992:82).

Siendo la población tan heterogénea y existiendo pluralidad de visiones, difícil es poder imaginarse un único proyecto de país. "Los proyectos sociales y políticos (...) encontraban bloqueos muy fuertes para cimentar siquiera hegemonías mínimas o relativas..." (Caetano, 1992:82)

Siguiendo a este mismo historiador y a través de investigaciones realizadas a fines de los 80 y comienzos de los 90, Caetano reconoce tres etapas históricas significativas en el itinerario de la construcción de la identidad nacional en el Uruguay. Sintéticamente estas tres etapas pueden diferenciarse como: 1) La creación del Estado, siendo la Constitución de 1830 referencia política de identidad social, 2) la etapa de la modernización hacia el último cuarto del siglo XIX donde comienza a gestarse un discurso e imaginario nacionalista y 3) las tres primeras décadas del siglo XX cuando la sociedad uruguaya completa su primer modelo de identidad nacional. (Caetano, 1992 :80-85)

Caetano parte de la hipótesis de que la identidad nacional recién pudo adquirir una implantación visible en el país cuando se hizo posible la simbiosis más o menos exitosa entre las tres dimensiones a saber: apertura, integración y

prospecto. "La identidad nacional se ha procesado históricamente en el Uruguay como fruto de una peculiar articulación entre el afuera y el adentro, proyectada en un horizonte prospectivo de viabilidad posible."(Caetano,1992:80)

Este aspecto proyectivo es muy importante en las comunidades nacionales que gustan imaginarse en el plano de la eternidad. Tal proyección puede lograrse si la perspectiva temporal coloca el inicio en un pasado más o menos remoto, para de esa manera proyectar la existencia de la comunidad hacia un futuro indefinido.

En este proceso "primó un modelo integrador de base uniformizante, sustentado en un discurso oficial que privilegiaba nítidamente la meta del crisol de identidades sobre un intento de tratar de armonizar lo diverso desde el respeto de las tradiciones preexistentes..." (Caetano,1992:85)

Las historiadoras Ana Frega y Ariadna Islas en una reciente publicación retoman el planteo que realizara Gerardo Caetano en los años 90 y resumen las características de esa identidad nacional uruguaya que se "sintetizó" en el Centenario. Se trata de la construcción típica de un concepto de ciudadanía homogénea basada en dos fundamentos principales: uno, el de su conformación como un conjunto de ciudadanos iguales ante la ley, en forma independiente a que hubieran nacido en este país o lo eligieran como patria de adopción y, en segundo lugar, el de la excepcionalidad no solo de las condiciones paisajísticas y geográficas del Uruguay, sino también de sus aspectos sociales, políticos y culturales" (Frega, e Islas, 2007:363)

Cabe aclarar también que en ese crisol de identidades que se intentó aunar y respetar no estaba incluida la tradición aborígen de nuestro continente y de nuestro territorio en particular. "El cosmopolitismo y la apertura al afuera eran signos de identidad pero también garantías de un futuro venturoso" (Caetano, 1992: 87) confrontando con lo "aborígen" que era visto, desde una perspectiva eurocéntrica, como un obstáculo al progreso, una resistencia a la "civilización". De esta manera podemos imaginar cómo cientos de pobladores, indígenas mestizos, mulatos, criollos, entre otros, no eran incluidos en el discurso oficial.

Este discurso oficial, nacionalista, que da cuenta de nuestros orígenes se fue materializando a través de conmemoraciones -que más tarde serán aniversarios- y se materializarán en nuestra forma de "rememorar en conjunto". De esto da cuenta la seguidilla de celebraciones que hubo en nuestro país en el correr de 2011, con la intención de reafirmar los orígenes de nuestra "nación" ignorando un pasado común regional. Esto pone en evidencia que estos asuntos poco tienen de historiográficos y mucho más de políticos.

En la publicación mencionada anteriormente Frega e Islas revisan la vigencia y viabilidad del relato nacional hegemónico basado en la "excepcionalidad", expresión con un fuerte tinte eurocéntrico, que nos desliga de la región y de un contexto latinoamericano. Ponen en evidencia la crisis de ese relato que identifica a los uruguayos como una sociedad homogénea, igualitaria y con origen y hábitos "europeos".

"A inicios del siglo XXI, la crisis económico- social, la "diáspora" de los uruguayos, y el afloramiento de diversos grupos y organizaciones sociales que reivindican su visibilidad, han generado cambios de diverso signo en los contenidos identitarios(...) Uno de los desafíos planteados supone, precisamente, la construcción de una identidad que reconozca la heterogeneidad cultural y, a la vez, constituya un lazo de unión a partir del reconocimiento de ciertos valores colectivos basados en la solidaridad y la defensa de los derechos individuales y colectivos de la población" (Frega, e Islas, 2007:359).

Tal es el desafío para todos aquellos que formamos parte de las instituciones públicas, privadas y organizaciones sociales: intentar transmitir un relato que integre la multiplicidad de identidades culturales, sin que esto signifique desconocer el protagonismo y responsabilidad que le compete a los sujetos, de construir su propia identidad.

B) Entre conmemoraciones y aniversarios

Entre conmemoraciones y aniversarios, dos términos que si bien pueden pasar como sinónimos para los ojos del lector, en este caso nos interesa detenernos en su significación y mostrar las diferencias semánticas que a ellos subyace.



037795

La diferencia entre un término y otro trae aparejada un cambio fundamental en el posicionamiento sobre los "relatos, mitos o ficciones fundacionales" sobre la nación y más específicamente sobre la manera de interpretar los hechos ocurridos en un pasado que hoy forman parte de la agenda de "fechas patrias" oficiales.

Esta dicotomía es tomada y analizada por el profesor e historiador Carlos Demasi (2011:16) quien señala cómo sobre fines del siglo XIX el término aniversario fue ganando terreno, en desmedro del de conmemoraciones, pues oculta el carácter convencional de la fecha.

Hablar de aniversario nos invita a pensar y a celebrar, casi sin cuestionamientos, sobre el origen de alguien o algo. El aniversario como fecha que viene dada con el nacimiento y que es incuestionable, mientras que la conmemoración se asocia más a un ponerse de acuerdo, a una invención.

Demasi lo ejemplifica poniendo a modo ilustrativo las discusiones que se suscitaron en torno a la fecha de nuestra independencia que, si bien se celebra desde muy temprano, se hacía desde la conmemoración y no desde el aniversario dejando en evidencia el origen conflictivo del Uruguay como nación independiente.

Lo que nos interesa señalar es el carácter constructivo de las fechas patrias y que las mismas no pueden ser atribuidas al progreso de la investigación histórica. A diferencia del trabajo del historiador, parten de una concepción simplista del estudio del pasado. Como señala Demasi, "Si imaginamos el proceso histórico como un continuo de causalidad densa como tiende a concebirlo la Historia, entonces, no queda espacio para establecer una "fecha." (2011: 18)

Pero bien, estas fechas existen y están institucionalizadas y es a través de las celebraciones que se realizan en la escuela, los llamados actos "patrios", que se va construyendo identidad nacional, se va transmitiendo y fomentando la construcción de una narración hegemónica sobre nuestro pasado. Pero estas narraciones son imaginadas, poco tienen que ver con un conocimiento científico de nuestro pasado.

Suponer que todo depende del poder y del Estado sería desconocer la participación activa de la población que las interioriza. "Si bien es cierto que la realización de una conmemoración no depende de los avances de la investigación histórica, ella tampoco deriva exclusivamente de las decisiones del poder. La definición de una fecha que hace un gobierno es una condición ineludible para la realización de un festejo, pero esta fijación no puede ser caprichosa. Si no cuenta con la aceptación de la población entonces no se produce la refundación de la nación que está en la definición misma de los eventos conmemorativos." (Demasi 2011: 20)

Si bien el Estado "fabrica el pasado" y establece arbitrariamente "fechas patrias" también estas celebraciones permiten manifestar el carácter emotivo que constituye un elemento primordial del sentirnos parte de una misma nación. En esta línea el historiador Demasi señala "El nacionalismo se expresa en cada uno de nuestros gestos, en particular cuando están en relación con alguna manifestación identificada con el "afuera"; y esas manifestaciones espontáneas del nacionalismo son mucho más peligrosas que los gestos promovidos desde el Estado, en la medida en que esto son explícitos y por esto, más controlables.(...) No se trata de que las conmemoraciones "inventen" o "fabriquen" un sentimiento nacional allí donde no existía, sino que contribuye a darle sentido y dirección a un complejo de emociones que ya están presentes".(2011:21)

Más allá de las conmemoraciones y aniversarios y del papel que el Estado juegue en todo esto, no se puede desconocer que el sentimiento nacional, es una de las identidades primordiales de este siglo XXI y que aún suscita adhesiones manifiestas en fuertes sentimientos xenofóbicos donde lo extranjero pone en peligro a la "nación".

La enseñanza de la Historia en la escuela: entre la disciplina y el mito.

Si en el apartado anterior el foco estaba en el Estado y en su papel de constructor de identidad nacional a través de los aniversarios de las fechas "patrias", ahora nos detendremos en la enseñanza de la Historia en la escuela y en cómo ésta influye en dicha construcción.

Las dos disciplinas que tradicionalmente se han asociado más estrechamente con este fin han sido la Historia y la Geografía. Mientras la primera pone el acento en la transmisión de un relato fundante de la nación, exaltando a "héroes nacionales" y no integrando a otros grupos sociales y étnicos también protagonistas, la otra se avoca a diferenciarlo de sus naciones vecinas, destacando la singularidad del territorio uruguayo, de su relieve, de su ubicación geográfica, de su flora y su fauna, forjando así la excepcionalidad del país.

La transmisión de una determinada identidad nacional también se ve reflejada en los libros de texto que por lo general reconstruyen relatos unívocos, lineales y que ponen el acento en los grandes "héroes" nacionales, siendo esto algo que no es excepcional de nuestro país sino por el contrario compartido con todos los Estados que buscan transmitir un relato nacional fundante y encuentran en la escuela un aliado fundamental.

Las dos citas que leeremos a continuación son ejemplos que ilustran la realidad de otros países del continente americano, Colombia y Argentina, y dan cuenta de lo que venimos desarrollando.

"Aún en la actualidad, como en el siglo XIX, cuando en escuelas y colegios se enseña historia de Colombia, se continúa haciendo énfasis en las perspectivas tradicionales que privilegian a los "héroes" de la independencia. A partir de José Manuel Restrepo¹, la mayoría de los colombianos "hemos buscado en la

¹Se hace referencia a la primera edición pública que salió a la luz en el año 1827 "*Historia de la Revolución de Colombia*", de José Manuel Restrepo, iniciándose una manera de entender el pasado del país que hizo hincapié en el "acto inaugural" de la Independencia, con sus héroes, batallas y mitos.

revolución y guerra de independencia el origen de la historia de Colombia” (Mejía, 2007: 3). Se inventó un “pasado nacional”, pero el costo elevado. El precio fue la negación de tradiciones culturales diversas, de actores sociales numerosos, y de hombres y mujeres anónimos, también partícipes del proyecto de Nación, aunque en el siglo XIX no se les reconoció su protagonismo.” (Ballesteros, 2010: 141)²

“La Historia argentina escolar opera menos como la explicación o el desarrollo de procesos del pasado, que como un ritual pedagógico, de pretendida base científica, necesario para cumplir con la prescripción de una educación patriótica destinada a la formación del “hombre argentino”. (Romero, 2004: 49)

Históricamente la funcionalidad de la enseñanza de la Historia era transmitir el mito fundacional de la nación desconociendo la particularidad de la disciplina. Nos preguntamos si también es posible enseñar Historia desde otro lugar, mostrarla como disciplina en su complejidad. Esto requeriría de una alianza fuerte entre la historia investigada y la historia enseñada. Es decir que los enseñantes se formaran en la complejidad epistemológica de la disciplina: profundizar en torno al concepto de tiempo histórico, discernir los diferentes tipos de fuentes y trabajar con distintas posturas historiográficas, etc.

Al decir de la profesora de Historia Lucila Artagaveytia, especializada en la didáctica de dicha disciplina:

“La enseñanza de la Historia Nacional tiene,(...) una doble función o valor,(...). Por un lado la escuela tiene el mandato de contribuir a la conformación de la identidad nacional; por otro, tiene que enseñar a los niños contenidos académicos que la sociedad considera valiosos,(...). El problema es que los “relatos” del pasado que contribuyen a que se cumpla con cada uno de los dos mandatos no coinciden. Los relatos históricos “identitarios” no tienen- en ninguna parte del mundo-, una preocupación

² Memoria, olvido y construcción de identidades: la enseñanza de la historia patria en Colombia, 1850-1911 Revista Educación y Pedagogía, vol. 22, núm. 58, septiembre-diciembre, 2010 141. Políticas educativas en América Latina.

por producir un discurso sobre lo real. Son, en general, relatos lineales, en blanco y negro, "míticos" y heroicos que apelan a despertar la emoción para conformar la idea de patria aunque ello signifique alejarse de lo real. Los historiadores académicos, en cambio, pretenden producir un discurso sobre lo real, es decir, tienen "pretensión de veracidad".³

Que el historiador pretenda construir un discurso sobre lo real no quiere decir que "cuenta lo que pasó". Al decir de Michel de Certeau "...lo "real" representado no corresponde con lo real que determina su producción. Tras la figuración de un pasado, se oculta el presente que lo organiza. Expresado sin miramiento, el problema es el siguiente: el discurso historiográfico oculta el aparato social y técnico que lo produce, o sea la institución profesional. La operación parece bastante astuta: el discurso se vuelve creíble en nombre de la realidad que supuestamente representa, pero esta apariencia autorizada sirve precisamente para camuflar la práctica que la determina realmente. La representación disfraza la práctica que la organiza."⁴

Admitir el carácter interpretativo del relato histórico nos aleja de la visión más positivista en torno a la ciencia que desconoce cualquier dimensión subjetiva. Reconocer esta dimensión, donde entra en juego la interpretación, nos conduce a la idea de ficción, en el sentido de admitir un terreno irreal, propio de la imaginación del historiador, necesario para construir un relato sobre el pasado. Desde esta perspectiva los límites entre lo real y lo irreal; ciencia y ficción; verdad y falsedad no serían tan claros admitiendo que todo conocimiento científico en general, y el histórico en particular posee ambos elementos. Desde esta perspectiva, Paul Ricoeur⁵ señala que hay dos tipos de relatos, los de ficción y los históricos y existe entre ambos una "referencia cruzada". Los relatos de ficción se nutren de componentes reales para poder validarlos, mientras que los históricos se validan por los componentes imaginativos que crea el historiador para que el pasado tenga un sentido. Lo

³ Reflexión de la profesora ante entrevista realizada para el presente trabajo. (julio de 2012).

⁴ Historia, ciencia y ficción. Michel de Certeau.

⁵ Paul Ricoeur. Tiempo y narración.

que tienen en común ambos autores, Ricoeur y Certau es reconocer la dimensión ficcionada del relato histórico aunque esto no los conduce a posturas más extremas, como la de Hyden White,⁶ que afirman que la Historia no es ciencia sino ficción.

El planteo de Artagaveytia tiene puntos de encuentro con lo dicho por el historiador Demasi, cuando este sostiene que si bien la escuela tiene como función crear identidad nacional no es a través de la enseñanza de la historia que lo hace. Para Demasi los niños no están en condición de aprender historia como disciplina, entre otras cosas porque no tienen mucha noción de lo que es el pasado ni cómo se mide. Demasi hace referencia a que es difícil enseñar la historia como disciplina, con las complejidades anteriormente mencionadas. Para él la comprensión de la historia implica una idea bastante compleja del tiempo y que en general los niños más pequeños no tienen. Normalmente ellos engloban todo el pasado en un espacio ucrónico (en ningún momento, que está fuera del tiempo) que denominan "antes"; allí reúnen todo el pasado sin diferencia temporal: todos los acontecimientos parecen haber sido contemporáneos. La idea compleja (y que cree que recién comienza a incorporarse a fines de la escuela, pero muchos que llegan al liceo aún no la tienen) es la de que también en el pasado existía el tiempo que ordenaba los hechos en su propia secuencia, y que por lo tanto Artigas en la Batalla de las Piedras no podía saber qué decía la primera Constitución.

En síntesis, la falta de sentido cronológico complica el aprendizaje de la historia entendida como un proceso sucesivo.⁷

Estas reflexiones nos hacen cuestionarnos sobre la posibilidad de la enseñanza de la Historia en toda su complejidad, ¿estarán las maestras supeditadas exclusivamente a reproducir el mito fundacional, relato más cerca

⁶ Hyden White (1928) filósofo e historiador estadounidense. Su tesis más importante es que es imposible distinguir entre un relato histórico y un relato de ficción, sobre todo si se pretende que los primeros hacen referencia a hechos reales mientras que los segundos hacen referencia a hechos ficticios.

⁷ Reflexiones de Demasi a propósito de la elaboración del presente trabajo (agosto de 2012).

de lo "ficcional" que de lo "real"? En este caso y al decir de Artagaveytia sólo se estaría cumpliendo con uno de los mandatos, el de enseñar el mito fundacional.

Esta doble dificultad que se le plantea a las maestras en torno a la enseñanza de la historia, enseñar la disciplina- enseñar el mito constructor de identidad- también podría ser resuelta de otra manera. El problema es, según Mario Carretero, qué deben hacer las escuelas para "que la mayoría de los alumnos transite de la emoción a la comprensión de los conceptos sociales e historiográficos". En esta misma línea Artagaveytia plantea

"Pensamos que en la escuela sería posible aportar a la conformación de una identidad más plural y respetuosa de las diferencias. Para ello el relato identitario debería de ser más flexible, menos lineal, menos unívoco, conformado por pequeños relatos superpuestos, por multiplicidad de voces que quebraran la coherencia y rigidez del relato unívoco y permitiera acercar a los chicos a la idea de la historia como un discurso sobre lo real producido por los historiadores. Para ello el desafío sería múltiple. Comenzar a partir de un relato que contemplase sus formas de comprensión míticas y románticas⁸ al rescatar la emoción y heroicidad de los sucesos narrados. El mismo relato debería incluir los conceptos y tener las "fisuras" que permitieran la problematización (ir del blanco y negro a los grises). La búsqueda de respuestas a los por qué de los acontecimientos daría lugar al trabajo conceptual y la introducción de dos o tres explicaciones e interpretaciones de diferentes historiadores sobre los sucesos. El trabajo con pequeños textos historiográficos sería

⁸ Se hace referencia a los aportes de Kieran Egan, Doctor en filosofía de la Educación, quien distingue 4 estrategias en la evolución del pensamiento histórico de los niños: la mítica (desde sus primeros años hasta los 7, suponen una clara oposición estructural entre personajes o fuerzas que encarnan pares como bueno/malo, grande/pequeño y otros.), la romántica (entre los 7 y los 14, los límites entre la realidad y la fantasía adquieren gran importancia. Son conscientes de que la historia trata sobre personas reales que quieren triunfar en sus actividades.), la filosófica (abarca desde los 14 a los 20 años, etapa que lleva a la comprensión de que la historia no consiste en una serie de relatos, sino que es un proceso causal.) y la irónica (solo en esta etapa se es capaz de llegar a la conclusión de que "ningún esquema general puede reflejar de manera apropiada la riqueza y la complejidad de la realidad" (Egan, 1983).

un apoyo imprescindible. Pensamos que no solo los profesores de historia de secundaria pueden transitar por este camino".⁹

Queda claro que para Artagaveytia, y siguiendo los aportes de Egan, la enseñanza del mito no excluye la enseñanza de la Historia como disciplina sino que ya desde la escuela se puede ir mostrando la complejidad e ir enseñando en pro de la construcción de un aprendizaje de tipo filosófico e irónico.

Esto contrasta con las reflexiones de Demasi dónde la enseñanza de la Historia parece ser difícil, la escuela más que nada sería un "promotor de identidad" a través de los mitos sobre los diferentes hechos históricos. Según sus aportes los niños en la escuela "reciben lecciones cuyo tema se refiere al pasado, como una forma de aprendizaje; pero no de la historia sino de la identidad. Durante buena parte del ciclo escolar estos relatos siguen el ritmo de las fechas patrias, y entonces saltan del desembarco de 1825 al combate de 1811 y a la jura de la Constitución. Esos contenidos se instalan en un espacio simbólico que le da sentido a un relato donde aparece como agente un "nosotros" (que es el "lado bueno") con el que se identifican nuestros padres y todos nuestros amigos, enfrentado a un "otro" que a veces es identificado con precisión y a veces aparece incluido dentro de la expresión "el extranjero". Caricaturizando un poco la descripción, diría que queda un relato del tipo: "Cuando nuestro país estaba bajo el dominio extranjero, un grupo de patriotas..."¹⁰

Conscientes o no conscientes las maestras están entre ese doble mandato el de enseñar la disciplina y el de enseñar el mito fundante de la nación. Asimismo surge otro nuevo mandato, el que le atribuye el Estado a los maestros a través de los programas, generando en muchas ocasiones la preocupación y obligación de cumplir con el "Estado" antes que cuestionarse qué y cómo enseñar.¹¹

⁹ Reflexiones de Artagaveytia a propósito de la elaboración del presente trabajo (julio de 2012).

¹⁰ Reflexiones de Demasi a propósito de la elaboración del presente trabajo (agosto de 2012).

¹¹ Algunas entrevistas realizadas a maestras formadas en diferentes planes y pertenecientes a distintas generaciones dan cuenta de su relación con la Historia y su enseñanza. En algunas vemos más claramente el intento de construir la identidad nacional: Karla "Es importante que exista el abordaje de la Historia para la construcción de la ciudadanía y de la identidad

nacional. Es fundamental la formación de la identidad. Conocer la historia de los países es importante para construir la identidad nacional".

En otras se advierte una mayor formación en la complejidad de la disciplina y de las dificultades que la enseñanza de esta acarrea: Silvia nos dice "Para mi no habría que trabajar Historia. No sé si ellos están maduros para entender estos temas. La mayoría de las cosas se las olvidan. Le quedan algunas cosas, relatos en las que ellos se engancharon más que con el hecho histórico y la conciencia histórica. Información que guarden y que puedan entender... yo no sé, tengo mis dudas. Se quedan con cosas puntuales más que con la información histórica. Ya lo decía una Profesora de Historia en unos cursos que fui, la dificultad de los niños para poder ponerse en el lugar del otro y poder entender y comprender... Habría que enseñarla en secundaria. La escuela que se preocupe de no más que el cuento, el relato, esa cosa vivencial"

Para Karla "Tiene que ser un acercamiento y no enseñanza porque los niños no están prontos para analizar. Sí atender la rigurosidad de la disciplina y manejar documentos, testimonios orales y escritos, monumentos que puedan reflejar la vida de los hombres a través del tiempo".

Más allá del énfasis que cada docente haga en relación a la enseñanza de la Historia surge la preocupación de cumplir con el programa lo que complejiza aún más la relación entre la historia enseñada y la regulada. Al decir de Raimundo Cuestas (en Valls, R 2000) los docentes se encuentran entre la historia soñada (o pretendida, deseo de una enseñanza nueva de la historia, por eso la asocia con la historia investigada), la enseñada y la regulada (disposiciones jurídico administrativas; es decir lo que el Estado espera y exige que hagan los docentes). Dependerá de cada maestro cómo articule estas tres dimensiones y cual tendrá mayor predominio dentro de su clase.

A modo de cierre...

La curiosidad por los orígenes, el deseo de saber quiénes somos los uruguayos y uruguayas y cómo fuimos construyendo nuestra identidad nacional han sido el motor de este trabajo.

Una curiosidad que comenzó desde un presente y sin saberlo ni quererlo nos hizo remontar algunos siglos atrás investigando sobre la creación del Estado, la conformación de las naciones y la singularidad de dicho proceso en nuestro país, Uruguay. Animados en la búsqueda de respuestas que trasciendan la simpleza de asociar la identidad nacional con nuestras tradiciones y costumbres: el fútbol, el mate, la rambla, las tortas fritas, etc., ha sido un gran desafío adentrarnos en la complejidad que estos temas requieren.

Delimitar el área de estudio e investigación no fue tarea sencilla y una vez hecho el recorte hubo que adoptar algunos supuestos básicos para avanzar en el tema. Después de realizadas algunas lecturas de autores referentes en la temática tomamos como supuesto de que la identidad nacional no es una esencia sino una construcción y analizamos cuáles han sido los mojones fundamentales en la historia de nuestro país donde se crearon mitos fundacionales con la funcionalidad de la conformación de una identidad nacional. Asimismo vimos cómo el Estado ha sido el gran protagonista en este proceso de construcción de la identidad nacional valiéndose de la escuela y de otras instituciones educativas en general para la difusión, quienes se encargaron de transmitir un relato homogéneo y "sin fallas" sobre el origen de nuestro país.

Visualizamos cómo tradicionalmente quedó remitido al ámbito escolar la función de construir identidad a través de la enseñanza de la Historia y de la celebración de las "fechas patrias".

En el primer caso se desconoce el proceso de elaboración de los contenidos propios de la disciplina y la complejidad que ella encierra a la hora de ser enseñada. Entre el mito y la disciplina, entre la ficción y el conocimiento



histórico, y todas las complejidades que a este conciernen, entre esta tensión sabiéndolo o no se encuentra el docente.

En este proceso, tendiente a la creación de la unidad nacional, se desconocieron otras voces, otras realidades, "otredades" en general, existiendo un solo relato validado por los centros de poder que es el que predomina y se impone y se difunde a través de los agentes del Estado. Carente de mucha menos complejidad, se enmarca la intención de construir identidad nacional en los aniversarios de las fechas patrias, donde ya no "conmemoramos" sino sólo "celebramos".

En términos de actualidad y pensando en el mundo global en el que vivimos, donde las sociedades cada vez más se encuentran atravesadas por ideas, creencias y costumbres de todas partes del mundo, donde prima lo plural, donde se reivindica el goce de los derechos de los ciudadanos y donde se propicia la creación de entornos que permitan el libre y pleno desarrollo de los individuos, se hace evidente la crisis de aquel relato hegemónico y homogéneo, único y simplificado, constructor de identidad nacional, que paradójicamente a veces emerge de la manera más irracional en manifestaciones de nacionalismos exacerbados.

La construcción de identidad no debería implicar la unificación y aniquilación de las diferencias sino por el contrario la generación de espacios de encuentro, de diálogo y respeto entre todos aquellos que se sientan parte de una nación, pueblo, comunidad, sociedad o como se le quiera llamar.

Frente a la pluralidad actual debemos entender que reconocer las diferencias no implica renunciar a la unidad y que, por otro lado, la mirada del otro es fundamental para nuestro "eterno" desarrollo y nuestro enriquecimiento diario. Para una convivencia en armonía y solidaria se hace fundamental pensar discursos de unidad nacional que respeten las diferencias y que vean al otro, al diferente, como parte fundamental en la creación de modelos de identidad integradores de la pluralidad.

La escuela puede y debe ser un ámbito que habilite espacios de reflexión sobre estos temas. Como plantea Artagaveytia "Pensamos que en la escuela sería

posible aportar a la conformación de una identidad más plural y respetuosa de las diferencias. Para ello el relato identitario debería de ser más flexible, menos lineal, menos unívoco, conformado por pequeños relatos superpuestos, por multiplicidad de voces que quebraran la coherencia y rigidez del relato unívoco y permitiera acercar a los chicos a la idea de la historia como un discurso sobre lo real producido por los historiadores.”¹²

Ahora bien, resulta pertinente preguntarnos si la construcción de una identidad “más plural y respetuosa de las diferencias” queda circunscripta solamente al ámbito escolar u otros agentes sociales podrían tener incidencia.

Consideramos que esto último es viable en todas las profesiones que refieren a lo humano, de la cual el trabajo social no queda fuera. Desde la perspectiva del trabajo con el “otro”, resulta interesante tener presente que hemos sido nosotros antes de ser yo. Un nosotros llenos de identidades múltiples, donde la identidad nacional atraviesa y se funde con otras identidades quizás más predominantes como la de género, clase social, étnica, territorial, política, generacional, futbolística y un largo etcétera. Tener presente esta diversidad de identidades con las cuales los sujetos nos identificamos es un indicio de pensarnos desde la complejidad.

Si bien este trabajo no deja de ser un ejercicio intelectual vinculado a temas que nos son de interés consideramos que es un buen punto de partida para nuestra profesión.

La cercanía entre nuestras creencias y nuestras prácticas es un desafío que concierne a todo profesional. Ser coherentes entre lo que uno piensa y lo que uno hace ya no concierne a la carrera sino a nuestro trayecto profesional y la necesidad de una formación permanente.

¹² Reflexiones de la profesora Lucila Artagaveytia a propósito de la elaboración del presente trabajo.

Referencias bibliográficas.

Anderson, B. (2001). *Comunidades imaginadas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

Ardao, A. (1968). La independencia uruguaya como problema, en *Etapas de la inteligencia uruguaya*. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República.

Bhabha, Homi K.(1990). *Narrando la nación*, en Fernández Bravo, A. (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Bs.As.: Manantial. 211-219.

Caetano, G. (1992). Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del centenario. En H. Achugar y G. Caetano (comp.), *Identidad uruguaya: ¿Mito, crisis o afirmación?* Montevideo: Trilce

Caetano, G y Rilla, J. (1994). *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Mercosur*. Montevideo: Fin de Siglo.

Caetano, G; Barrán, J.P. y Porzecanski, T. (1997). Lo privado desde lo público. Ciudadanía, nación y vida privada en el Centenario, en *Historias de la vida privada en el Uruguay. Individuo y soledades (1920-1990)*. Montevideo: Santillana.

Carretero, M. y Krieger, M. (2004) ¿Forjar patriotas o educar cosmopolitas? El pasado y el presente de la historia escolar en un mundo global. En: M. Carretero y F. Voss, (comp) *Aprender y pensar la historia*. Buenos Aires: Amorrortu.

Carretero, M. Documentos de Identidad. *La construcción de la memoria histórica en un mundo global*. Buenos Aires: Paidós, 2007.

Demasi, C. (2011). El bicentenario y la expresión de la nación. Revista *Quehacer educativo, en el año del Bicentenario 1811-2011*, nº 105, 14-21. Montevideo: FUM-TEP.

Gellner, E. (1993). El nacionalismo y las dos formas de sociedades complejas, en *Cultura, identidad y política*. Barcelona: Gedisa.

Geertz, C. (1969). *Cuatro fases del nacionalismo*, en Fernández Bravo, A. (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Bs.As.: Manantial. 167-172

Gimenénez, G. (1993). *Apuntes para una teoría de la identidad nacional*. Revista del Departamento de Sociología, nº21 (8).

González, C. (2000). *La construcción política de la nación moderna*, en Serie Documentos de Trabajo Nº 14. UDELAR-DTS- FCS.

González, C. (2001). *La construcción de la identidad uruguaya*. Montevideo: Taurus.

González, C. (2001) *El itinerario de la identidad uruguaya*. En Revista Fronteras. Setiembre 2001.13-26

Habermas, J. (1989). *Identidades nacionales y posnacionales*. Madrid: Tecnos.

Hobsbawm, E. (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780. Programa, mito y realidad*. Barcelona: Editorial Crítica.

Hobsbawm, E (1992). *Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy*, en Fernández Bravo, A. (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Bs.As.: Manantial. 173-184

Hobsbawm, E (1994). *Identidad*, en Revista internacional de filosofía y política. RIFP nº3. Madrid. 5-17

Jay, R. (1984) *Nacionalismo*. En *Ideologías políticas*. Varios autores. Madrid: Tecnos. 187-217.

Lenis Ballesteros, César Augusto, "Memoria, olvido y construcción de identidades: la enseñanza de la historia patria en Colombia, 1850-1911",

Revista Educación y Pedagogía, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. 22, núm. 58, septiembre-diciembre, 2010.137-151

Methol Ferré, A. (1967) *Uruguay como problema, en la cuenca del Plata, entre Argentina y Brasil*. Montevideo: Diálogo.

Real de Azúa, C. (1991). *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Montevideo: Arca y Ediciones del Nuevo Mundo, 2ª ed.

Renan, E. (1882). *Qué es una nación*. En Homi K. Bhabha (Comp.), *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Bs.As: Siglo XXI. 21-38

Romero, L. A. (2004). *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares*. Buenos Aires: Siglo XXI. 39-78

Schwarzmantel, J (1994). *Nacionalismo y democracia*, en *Revista internacional de filosofía y política*.RIFP/3. Madrid. 18-33

Smith, Anthony. (1976). *Las teorías del nacionalismo*. Barcelona: Ediciones 62.

Valls Montes, Rafael. "Enseñanza de la historia y conciencia histórica", en: AA.VV. *El siglo XX: balance y perspectivas*, Valencia, Universidad de Valencia, 2000. 147-155.

Vázquez Franco, G (2011). Un bicentenario después. *Revista Historia y Docencia*. APHU. Montevideo: Banda Oriental. 58-71.